

## IMPOSTURAS PSEUDO-CIENTÍFICAS

POR

PATRICIO H. RANDLE

Tres anécdotas que ilustran la falta de seriedad de los intelectuales debería aleccionar a quienes se dejan someter dócilmente a los nuevos mandarines de turno.

Hace ya algunos lustros *Time Magazine* publicó un recuadro luego reproducido por *La Nación* de Buenos Aires con el título de "La Tecnológica", en la que agrupados en tres columnas —la primera con un sustantivo y las otras dos con calificativos— aparecían aislados los términos de la jerga técnico-científica en boga.

Pero el lector podía escoger una palabra de la primera columna y combinarla libremente con otras de la segunda y tercera. Así salían frases disparatadas pero con apariencia de muy sofisticadas: Planeamiento —Cognitivo y Fractal o bien Introspección— Axial e hiperespacial, etc.

### Lacan, el incomprendido

Otra anécdota totalmente diferente pero afin en el fondo es la que me tocó vivir personalmente en París. Era la época en que todo el mundo se llenaba la boca nombrando a Jacques Lacan, si bien nadie podía explicar en lenguaje llano de dónde provenía tanta fama. Decidido a romper el enigma me dirigí al *Collège de France* donde dictaba su curso anual sobre lo real, lo simbólico y lo imaginario.

Aunque llegué con quince minutos de anticipación el aula ya estaba repleta con público (mayormente femenino) sentado en

las escaleras. De pronto apareció el gran maestro y todo el mundo sacó sus cuadernos y sus lapiceros para no perder una palabra de su exposición. He aquí que, contrariamente a lo esperado, dijo: "Ustedes saben que a mí me gusta venir con la clase debidamente preparada, pero esta vez debí viajar por asuntos personales y no pude hacerlo.

"De tal modo que, antes que improvisar, creo que sería mejor que dediquemos esta clase a repasar lo que hemos visto hasta ahora y aclarar los puntos que a ustedes no les hayan quedado claros. De tal modo, les sugiero que me digan el tema que quisieran volver a escuchar".

Un silencio sepulcral dominó el ambiente. Nadie supo, o no quiso, o no pudo, explicar qué cuestión no había entendido hasta ahora. Ante lo cual Lacan insistió diciendo: "No creo que no haya dudas, ni preguntas, ni confusiones después de haber tratado tantas cuestiones tan complejas". El silencio se hizo aún más cerrado y tanto que el profesor decidió hacer él una síntesis de todos los asuntos que, a su juicio, merecían ser vueltos a considerar. Y así transcurrió la clase, durante la cual todos los alumnos la pasaron escribiendo frenéticamente sus apuntes sin perder palabra.

Sin embargo, cuando concluyó su exposición Lacan y se dirigió al público rogándoles le hicieran alguna pregunta, el silencio ominoso volvió a invadir el aula.

### **Transgresor puesto a prueba**

El tercer caso es más reciente. Hace poco más de un año *Social Texts*, una revista norteamericana muy reputada de Ciencias Sociales, publicaba un artículo con el título de: "Transgredir las fronteras: hacia una hermenéutica transformativa de la gravitación cuántica". Su autor era Alan Sokal, un profesor de física de la New York University con una notable cultura general y el artículo exhibía un impresionante aparato erudito a juzgar por las citas y la bibliografía, en las que aparecía más de una vez el "editor" de la Revista.

Sokal envió su colaboración como una respuesta a críticas emitidas por algunos científicos contra ciertas actitudes autode-

nominadas posmodernas, fue aceptado por los *referees* de la publicación (lo que supuestamente es una garantía de calidad de los artículos) y apareció en *Social Text* —46/47 (1996), páginas 217-252— un número especial monográfico sobre el tema.

Hasta aquí todo era normal. No hubo críticas negativas y, en general, pareció que la tesis de la nota era aceptable por la mayoría.

Inesperadamente, su autor, pocos meses después, revelaba que se trataba de una broma, que el artículo no era más que una parodia destinada a denunciar el relativismo posmoderno para el cual la objetividad es una simple convención social.

Por supuesto, el episodio desató una reacción en cadena desde Estados Unidos hasta Europa y, a principios de 1997, Sokal tuvo que explicar a los lectores de *Le Monde* "Por qué escribí mi parodia" (31 de enero). Poco después, animado por el apoyo que recibió de científicos e intelectuales serios se puso a escribir un libro en colaboración con Jean Brickmont, un profesor de física teórica de la Universidad de Lovaina que acaba de salir: *Impostures intellectuelles* (París, octubre de 1997).

En esta obra medular, Sokal da las explicaciones de por qué concibió su parodia, esto es, las analogías forzadas entre las ciencias experimentales y las sociales, o el uso indiscriminado de conceptos científicos en interpretaciones filosóficas, o bien las frases superficialmente concretas, pero completamente arbitrarias.

Lo curioso, lo impactante, es que el artículo de marras no levantó críticas por mucho que su autor pidiera reiteradamente comentarios y sugerencias. Pero el caso, más que excepcional, podría ser juzgado como un *test*: el del amor a la pedantería de muchos "científicos sociales" que pretenden legitimar sus teorías apelando a las ciencias duras.

### Desatinos al por mayor

El primer desatino deliberado de Sokal consistió en declarar muy suelto de cuerpo que "la realidad física es una construcción lingüística y social" y el segundo en citar el *discurso oposicional*

en la ciencia poscuántica (original de Andrew Ross, que pasa por ser una autoridad en los Estados Unidos).

Al respecto, Sokal explica que se trata de un eufemismo para la comunicación con los muertos, los campos magnéticos y otras locuras New Age; conclusiones del riesgo de sacar implicaciones filosóficas de una teoría física y, peor aún, de una teoría física "inventada". Aunque peor todavía quizá sea extraer conclusiones políticas de una teoría "espacio-tiempo" a escala 10.<sup>35</sup> (sic), sin que a nadie se le mueva un pelo.

Frente a semejantes embustes uno puede legítimamente preguntarse ¿por qué es tan fácil engañar a un público supuestamente culto y la respuesta es, según Sokal, porque la filosofía posmoderna adora la multiplicidad de puntos de vista, la importancia del observador y el indeterminismo.

Tengo para mí que la razón más profunda es que en las ciencias sociales se ha ido instalando una progresiva falta de rigor en general y en cuestiones científico-experimentales donde es más flagrante.

Así pues, el afamado Jean François Lyotard, en *La condition postmoderne*, mezcla alegremente la física de partículas, la cosmología, la teoría del caos y de la complejidad.

Pero la parodia alcanza su culmen cuando esta autor cita impertérrito el comentario que sobre la relatividad hace el reputadísimo Jacques Derrida, ya denunciado por Andrés Plotnitsky en su trabajo "Sobre todo, no es verdad: Derrida, la relatividad y la guerra entre las ciencias" (\*) que, empero, no pudo hacer descender un centímetro de su pedestal al ídolo de turno.

Quedaría por hacer referencias del libro *Impostures Intellectuelles* donde comienzan por ocuparse de Lacan, que confunde los números irracionales con los imaginarios, se jacta de utilizar "los últimos avances de la topología" (en verdad bastante viejos ya) o intenta relacionar la matemática con el sexo en textos cada vez más oscuros.

---

(\*) Disponible en Internet: <http://jefferson.village.virginia.edu/pmc/issue/plotnitsky.197.htm>.

Otro caso es el de Jean Baudrillard —otra bestia sagrada— que llega a afirmar que *las guerras modernas se desarrollan en un espacio no-euclidiano*. Así como Michel Foucault, Louis Althusser, Gilles Deleuze y otros “famosos” e indiscutidos por el “*establishment*” de las ciencias sociales.

¿Para qué seguir? Nosotros los argentinos nos hemos reído *avant-la-lettre* con el discurso de Macedonio Fernández que con humor —no exento de genio— nos previno saludablemente contra el *macaneo* (palabra que no se puede traducir exactamente al francés ni al inglés) científico.